

MEDITACIÓN
ANTE EL
SANTÍSIMO CRISTO
DE LA CARIDAD

José Joaquín Gómez González

Iglesia de San Martín
Sevilla, 20 de marzo de 1999

AÑO DEL CINCUENTENARIO

DORMIDO SOBRE UN ALMOHADÓN

¡Ay, Señor! Vivimos instalados en un mundo donde imperan las prisas, donde el mal triunfa y se oscurecen los valores del bien y de la verdad; donde sufrimos injustamente; donde nos visita insistentemente el dolor; donde la pobreza, la enfermedad, la desgracia, el egoísmo, la explotación, el odio, la despreocupación o la muerte hacen altaneramente acto de presencia en nuestras vidas.

Los males existen, ciertamente, y nadie en su sano juicio podría negarlo. La maldad existe también, y es mucho más grave. Y hoy, Señor, se intentan confundir "calamidades" con las maldades humanas. Se habla de las matanzas, de las crueldades, de las opresiones, de las vejaciones a la persona como si fueran equiparables a los terremotos, a las inundaciones, a los volcanes en erupción, a las olas de calor o de frío, a los temporales. Los males proceden del engranaje de las causas naturales, del azar, de las limitaciones del mundo, que las técnicas intentan superar hasta donde es posible. Sin embargo la maldad tiene su raíz en la libertad del hombre -lo más precioso de él, pero lo más peligroso-; por eso la maldad es gravísima, sobre todo porque es evitable, porque está en nuestras manos no dejarla brotar o remediarla y corregirla (JULIÁN MARÍAS, EL ESPÍRITU POSITIVO).

Un dato de nuestra experiencia diaria es el ejercicio de esa mal entendida libertad. Está ahí presente en tantas situaciones de pecado, dentro y fuera de nosotros, encarnado en la tentación y en cuantos obran mal y pecan optando por la violencia y la destrucción, la corrupción y la injusticia, el odio y el rencor, la caza del hombre, el abuso y la explotación, la violación del derecho de las personas, el egoísmo y el desamor.

¿Por qué todo esto?. No porque lo cree ni lo quiera Dios, sino porque lo produce el hombre con el abuso de su libertad, es decir, con el pecado.

Cansados y agobiados venimos hasta ti (Mateo 11.28) con la intención de caer de rodillas ante tus plantas para sentir tu alivio y tu consuelo, y, como en la popa de la barca, te encontramos "**dormido sobre un almohadón**" (Marcos 4,35).

En medio de la tempestad, sintiendo en nuestros rostros el viento huracanado y cómo las olas inundan nuestra barca, nos duele tu silencio, Señor, y surge espontánea la queja en nuestros labios: "**¿No te importa que nos hundamos?**" (Marcos 4,37).

Yo quisiera que este sea nuestro grito de oración y no de desconfianza por falta de fe.

Yo quiero, Señor, volver a verte andar sobre las aguas, y escuchar que me llamas por mi nombre diciéndome: "**Ánimo soy yo, no tengas miedo**" (Mateo 14,22); y que como a Pedro me tiendes tu mano para asirme a ella y salir de este mar en el que con tanta frecuencia nos hundimos.

Yo quiero Señor llegar hasta ti, y tocarte, y besarte, y acariciarte, y desamordazarte, y regresarte; porque de ti sale "**una fuerza que todo lo cura**" (Lucas 6,19).

Yo "**me conformo con tocar al menos el borde de tu manto**" (Marcos 6,56), hoy para nosotros convertido en sábana, con la misma fe que la hemorroisa que cree que sólo con ello quedará curada de su larga enfermedad.

Yo quiero "**buscarte y echarme sobre tus pies**" (Marcos 7,25), como la mujer siria que imploraba la curación de su hijo.

Yo quiero postrarme ante ti con la humildad del centurión "**porque tampoco soy digno que entres en mi casa**" (Mateo 8,9).

Y tener Señor la osadía de despertarte de tu sueño, como hiciste con la hija de Jairo; porque tu, Cristo mío, no estás muerto, estás dulcemente dormido.

No Señor, tus ojos no se han cerrado para siempre, sino que quedaron levemente entornados para que nos sigas buscando como oveja descarriada o dracma perdida.

Tus labios están resecos y agrietados, pero tu boca permanece siempre entreabierta para que podamos escuchar tus palabras de vida eterna.

Tus oídos continúan abiertos para seguir escuchando nuestras necesidades.

Tus pies están taladrados pero dispuestos a recorrer junto a mí el camino de Emaús.

Y tus manos, Señor, esa mano lánguida que generosa dejas caer, seguirá estando ahí hasta el fin de los días como tabla de salvación, para agarrarnos a ella como a un clavo ardiendo cuando creamos que no tenemos salida a nuestros problemas y gritemos: "**Señor, que nos ahogamos**" (Marcos 4,38).

Mírame, Señor.

Háblame, Señor.

Escúchame, Señor.

Camina conmigo, Señor.

Dame tu mano, Señor.

Tu rostro buscaré, no me escondas tu rostro.

TANTO AMÓ DIOS AL MUNDO

"En medio de la sombra y de la herida
me preguntan si creo en ti. Y digo
que tengo todo cuando estoy contigo:
el sol, la luz, la paz, el bien y la vida"

(José Luis Martín Descalzo)

Un año más he vuelto Señor para estar contigo, para encontrarte y mirarte cara a cara, porque sé que tú no nos abandonas al poder de la muerte, al poder del mal, al poder del pecado.

Tú, Señor, vuelves constantemente en busca del hombre con el mismo ánimo que fuiste a la casa de Zaqueo; del hombre que por desobediencia perdió tu amistad, del hombre enfermo y no del hombre sano que no precisa médico; tú continúas buscando a los que están perdidos.

Tú eres el Buen Pastor que cuidas a tus ovejas y apacientas a tu rebaño, que buscas a los descarriados, y los llevas sobre tus hombros hasta el redil para seguir sintiendo la alegría por ese hijo que había muerto y ha vuelto a vivir, que lo habías perdido y lo has encontrado.

PARA QUE TE ENCUENTRE EL QUE TE BUSCA

Tú, Señor, continúas a cada instante tendiendo tus manos para que te encuentre todo aquel que te busca con la esperanza de la salvación.

Tu blanca sábana será para nosotros el mejor faro que ilumine a cuantos están en las tinieblas y en las sombras de la muerte y que guíe nuestros pasos en el camino de la paz.

Tú estás, Señor, para ser compañía de los que sufren, de los que lloran, de los que se sienten marginados, de los jóvenes que no tienen a quién acudir, de los mayores que carecen del cariño de sus hijos, de los que se sienten solos ante la falta de comprensión.

Tu continúas, Señor, en el centro de la vida marcando el ritmo de nuestra propia existencia, ¡somos nosotros los que nos alejamos de ti. Por muchas vueltas que dé nuestra vida, por mucho que intentemos esquivar tu presencia, por mucho que logremos olvidar tu palabra; cuando tendamos nuestras manos para agarrarnos a las tuyas, siempre te encontraremos con la alegría del padre fiel a sus hijos. Siempre continuará abierta la llaga de tu costado para abrir las puertas de tu corazón a cuantos ardientes acuden a ti, porque de él continúa manando agua que es la fuente inagotable de todos los sedientos que se acercan a beber del pozo de tu gracia y ven nacer en su interior un manantial que salta dando una vida sin término.

Porque en tu sueño, Señor, estará siempre nuestra esperanza de resurrección, porque desde él anuncias al mundo la salvación de los pobres, de los que no se preocupan de atesorar riquezas en la tierra porque saben que la polilla y la carcoma la echarán a perder; a los que son desprendidos y generosos porque saben que no se puede servir a Dios y al dinero; porque sólo Tú, aún estando dormido, conoces la necesidad de cada uno de nosotros, y nos alimentas como los pájaros del campo y nos vistes como a los lirios silvestres, dándonos el pan de cada día.

Desde tu lecho, Señor, continúas día a día pronunciando el Sermón de la Montaña, anunciando la liberación de los oprimidos, el consuelo de los afligidos, haciendo a los pobres partícipes de tu Reino. Sólo contigo, Señor, los que sufren obtendrán consuelo, los desposeídos de este mundo poseerán la tierra, los justos quedarán saciados en su hambre, los limpios de corazón te verán cara a cara, los que trabajan por la paz oirán decir sus propios nombres de tus labios y los humildes serán enaltecidos.

Dichosos los pobres en el espíritu, es decir, bienaventurados los que, incluso poseyendo bienes, tienen desprendido el corazón de su riqueza, comparten con los demás lo que poseen, se fían de Dios más que de su cuenta corriente, son acogedores sin autosuficiencia ni paternalismo y se muestran abiertos y humildes para ser enriquecidos espiritual y humanamente por los demás. Nadie es tan rico que no necesite de nosotros, ni tan pobre que no pueda aportar nada a los demás.

Gracias, Señor, por devolverles la dignidad y la esperanza a los que el mundo tiene por último e infelices: a los pobres y los humildes, a los que lloran y sufren, a los que tienen hambre y sed de fidelidad a Dios, a los misericordiosos que saben perdonar a los demás, a los que proceden con un corazón limpio y sincero, a los que fomentan la paz y desechan la violencia, a los perseguidos por servirte a ti y al Evangelio.

Tú fuiste el primero en realizar este programa, y tu ejemplo nos anima a seguirte hasta el final. Tú eres nuestra fuerza y nuestra roca. ¡Bendito seas por siempre, Señor!

CINCUENTA AÑOS DE VIDA DE HERMANDAD

Esta noche estoy aquí porque se cumplen cincuenta años de vida de hermandad, y este puede ser el momento en que te ofrezcamos, Señor, lo que hemos sido durante este espacio de tiempo; en el que te presentemos lo que ahora somos y en el que imploremos tu ayuda para saber hacia dónde debemos caminar en el futuro.

Pero antes yo quiero darte las gracias, Señor, yo quiero darte las gracias por nuestra Hermandad; aquí la tienes, aquí está, es obra tuya. Las gracias por aquellos que a lo largo de estas cinco décadas la hicieron posible, le dieron forma, le imprimieron su sello, crearon su personalidad, su estilo y su carisma. Gracias Señor por quienes abrieron las puertas de sus corazones haciendo posible el nacimiento en

el seno de nuestra Hermandad de extraordinarias amistades en las que muchos fuimos creciendo en amor y sabiduría.

Gracias por tantas ilusiones e inquietudes compartidas, por haber querido prender el fuego de nuestra juventud en tantas cosas que quisimos cambiar y cambiamos.

Gracias, Señor, por aquellos que hoy comparten contigo el sueño de la muerte y la alegría de la resurrección, por aquellos que nos precedieron en el símbolo de la fe y ahora duermen el sueño de la paz; por aquellos que se fueron para siempre, pero que al marcharse, con su señorío, su alegría, su bondad, o su generosidad, se convirtieron en nuestro eterno modelo y en nuestro imborrable recuerdo.

HERMANDAD EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

Yo quisiera, Señor, mirar contigo al futuro, implorando que nos ayudes, en los umbrales del siglo XXI, a seguir siendo la Hermandad que tu quieres y necesitas; la Hermandad que no puede sostenerse sólo en ritos y cultos, sino que necesita dar un paso adelante hacia un culto vivo a Dios, donde cuente más el factor humano, es decir, nuestra propia fe, para adorarte y alabarte en espíritu y en verdad.

Ayúdanos Señor a ofrecerte un culto verdadero, un culto dirigido hacia ti y hacia nuestros hermanos; el culto de nuestra vida entera, vivida con absoluta fidelidad a tu voluntad y en solidaridad con los más necesitados y débiles.

Sólo así, al salir de la Iglesia, es cuando podremos palpar la verdad o la mentira de nuestros cultos.

PARA UN CULTO AUTÉNTICO

Ayúdanos, Señor, a descubrir el nexo existente entre amor y culto. Libéranos del peligro de una práctica religiosa formalista que pone más énfasis en el cumplimiento cultual que en el amor. Impregna nuestra piedad de auténtica fraternidad, para dejar nuestra ofrenda a tus pies después de reconciliarnos con quien tenga queja contra nosotros; porque es imposible el culto auténtico sin amor a los hermanos.

Que nuestros cultos sean reflejo de nuestras vidas y nuestras vidas sean testimonio de nuestros cultos.

Comer tu cuerpo y beber tu sangre requieren amor en el corazón y paz en el alma. Celebrar tu cena, Señor, es compartir tu pan y nuestro pan; no sólo con los que tienen carencia de cosas, pues hoy existen muchas clases de hambre y privación: hambre de pan y justicia, de trabajo y vivienda, de dignidad personal y cultura, de estima y afecto, de paz y libertad, de espíritu y religión. Hambre total, hambre de absoluto, hambre de Dios. Hambre en las nuevas pobrezas de la sociedad moderna: ancianos solitarios, enfermos terminales, niños sin familia, madres abandonadas, delincuentes, drogadictos, alcohólicos y tantos otros.

No está en nuestras manos el milagro de multiplicar los panes, pero sí contribuir a que sea efectiva la participación de todos en los bienes de la tierra, cuyo destino es común y no tolera monopolios; pero sí compartir lo nuestro con los demás, multiplicar el pan del amor y del cariño.

LA FE Y EL AMOR POR ENCIMA DEL CULTO

Multiplicar hoy ese pan para los pobres presupone el milagro de amar.

Nosotros no queremos caer en una práctica religiosa a la vieja usanza, sino que queremos que nuestros cultos sean expresión de nuestra fe; pero no como lo primordial y lo más importante, pues la fe y el amor deben tener siempre primacía sobre el culto.

Lo único absoluto es Dios, y lo único propio es amarle a Él y a los hermanos. Lo contrario será honrarte sólo con los labios y alejar de ti nuestro corazón, ofreciéndote un culto vacío.

EL PRIMER MANDAMIENTO

El amor es más importante que la misma práctica cultural. Amar a Dios y al prójimo vale más que todos nuestros triduos, quinaros y funciones, y esta es una afirmación tan sensata como la respuesta que tú le diste Señor al escriba que te preguntó por el primero de tus Mandamientos: "**el primero es amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser, y el segundo amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamientos mayores que éstos, y no olvides que el segundo es semejante al primero**" (Mateo 22-34,40).

¿Por qué son inseparables amor a Dios y amor al hermano? ¿Es posible cumplir un mandamiento sin el otro, amar a Dios sin querer a nuestros hermanos? Tu respuesta a esta pregunta fue tajante: **"Nosotros amamos a Dios, porque Él nos amó primero. Pero si uno dice que ama a Dios a quien no ve y no ama a su hermano a quien ve, es un mentiroso"** (Juan 4,19 ss).

No podemos olvidar Señor tu afirmación de que **"cuanto hagamos a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mi me lo hacéis"** (Mateo 25,40). Y que cuando te despedías de los tuyos, corregiste y aumentaste si cabe la medida del amor, cambiando el "como a ti mismo" por el "como yo os he amado": **"Os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros como yo os he amado"**. (Juan 13,34 ss).

LA IMAGEN DE MI CRISTO

Y la medida de tu amor fue entregar tu propia vida. No queda ni una gota de sangre en tus venas, solo mana agua de tu abierto costado, tus pies y tus manos taladrados, tu frente sudorosa y fría, tus rodillas desolladas, tu cuerpo inerte y un hilo de sangre corre por las comisuras de tus labios. Eres, Señor, la imagen perfecta de la entrega.

Pasaste tu vida haciendo el bien, para acabar tal y como te encontramos ahora. Mira por donde, tú que no tuviste donde reclinar la cabeza, te hemos colocado ahora un cojín para que no caiga sobre tu pecho.

Ayúdanos Señor a ser generosos y desprendidos, a no amontonar tesoros en la tierra. Ayúdanos a colocar nuestro tesoro en lugar seguro, muy cerca de ti, para que allí también esté nuestro corazón. Ayúdanos a "no confundir tener con ser, a no confundir acumular bienes con ser persona y ser feliz, a no confundir tener medios de vida con tener razones para vivir" (ERICH FROMM)

LA GENEROSIDAD

La lección de la viuda pobre que entregó en el Templo **"todo lo que tenía para vivir"** (Marcos 12,44), debe seguir siendo constante ejemplo para nosotros, que ni tan siquiera nos contentamos con dar a veces lo que nos sobra; y cuando lo damos, con esa limosna cicatera, tranquilizamos nuestras conciencias y evitamos el tener que darnos

nosotros mismos a los que necesitan calor y acogida, compañía y tiempo, alegría y consejo, sonrisa y amistad.

Riqueza y pobreza no son conceptos meramente cuantitativos, pesa también la actitud de apego o desapego de lo que se tiene. Esto es lo que nos hace ricos o pobres de espíritu ante Dios.

Solamente en amar a Dios y a los hermanos están la vida y la plenitud humana, la seguridad y la esperanza definitiva que no podemos comprar con todo el oro del mundo.

El amor no margina a nadie, sino que sale al encuentro de quienes nos necesitan. El amor no regatea molestias y tiempo, comprensión y cariño.

Y aquí, ahora y en este instante, quiero Señor tener un recuerdo por aquellos hermanos nuestros abnegados y ejemplares que viven para los demás; sin hacer ruido, como Tú hiciste.

Hay en el mundo muchos hombres y mujeres que apuestan por los marginados, que gastan su vida por sus hermanos, saliendo continuamente de sí mismos en busca de los hambrientos y desarrapados, emigrantes y parados, ancianos y enfermos, drogadictos y encarcelados, oprimidos y explotados, tristes y abandonados.

Hay en el mundo millones de corazones entregados a la apasionante tarea de amar al prójimo y millones de manos activas en la liberación de los pobres: organizaciones humanitarias, misioneros y misioneras del tercer mundo, religiosos y religiosas que sirven a enfermos y ancianos, cientos de miles de sacerdotes y laicos que optan por la pobreza y hacen efectiva la buena nueva de la salvación de Dios a los pobres de este mundo.

A través de ellos y en medio de nosotros, sigues tú, Señor, curando a los enfermos, abriendo los ojos a los ciegos, limpiando a los leprosos, dando consuelo a los moribundos; en una palabra, haciendo presente en nuestro mundo el amor con que Dios ama al hombre y quiere que nos amemos unos a otros.

Tú, Señor, instauras tu reino por medio de los ojos que lloran con los que sufren y en los labios que sonríen con los tristes; en cuantos trabajan por la paz y la erradicación del hambre y del subdesarrollo; en todo hombre y mujer que te busca con sincero corazón; en una palabra, en todo lo que es bondad y amor, paz y bien.

AMAR HASTA EL EXTREMO

Tu imagen, Señor, es la viva imagen de tu amor hacia nosotros: **"nadie ama más que aquel que entrega su vida por los demás"**.

Porque nos amaste hasta el extremo tú nos pides a nosotros la misma medida de amor; derogando con tu actitud, con la palabra, con el ejemplo, con la práctica, la ley del talión.

Con frecuencia nos brota de nuestro interior un incontenible espíritu de venganza: "el que me la hace me la paga". Tú, en cambio, excluyes toda revancha; no solo la venganza efectiva, sino también el simple deseo de la misma: **"no hagáis frente al que os agravia, al contrario, a quien te abofetee preséntale la otra mejilla, al que te reclame el traje dale también el abrigo, a quien te pida un rato de compañía dedícale la tarde, a quien te pida dale..."** (Mateo 5-38,42).

¡Ay, Señor, que difícil lograr ese espíritu de perdón, reconciliación y fraternidad que tú nos propones en la gran revolución del amor cristiano!: amar gratuitamente, sin pedir ni esperar nada a cambio; devolver bien por mal; querer hasta a quienes no nos quieren, amar a fondo perdido; ese es el amor más grande y auténtico, el que tú practicaste y nos enseñaste muriendo perdonando a tus enemigos, el amor en el que reconocerán que somos tus discípulos.

LA MEDIDA DEL AMOR ES AMAR SIN MEDIDA

Decía San Bernardo que la medida del amor es amar sin medida. Optando por este estilo de vida no seremos ni héroes ni superhombres, sino sencillamente cristianos **"cuyo uniforme es la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura y la comprensión"** (San Pablo, Carta a los Fieles de Colosa, 3,12 ss).

Es claro que en el mundo actual no es fácil poner en práctica tan apasionante programa; pero tú, Señor, no te fijas tanto en lo que somos o hemos sido, como en lo que intentamos ser, es decir, en nuestro esfuerzo por ser mejores.

Y más que de héroes nos tacharán de locos, pero locos de amor por ti. Naturalmente que hoy como ayer pensarán que está loco quien proclame las paradojas de las Bienaventuranzas, llamando felices a los pobres y perseguidos, el que manda poner la otra mejilla, el que propone el perdón a las injurias, el que propone el amor al enemigo en vez de la venganza, el que entiende la autoridad como servicio y no

como poder, el que se da sin medida y cura a todo el mundo sin pedir nada a cambio.

Tan locos como ayer Francisco de Asís, que leyendo el Evangelio "sin glosa ni comentarios" se desposó con la pobreza evangélica, locamente enamorado de ella.

Tan locos como los que hoy andan por el mundo enamorados del Evangelio, de los pobres y de los marginados; como hizo la madre Teresa de Calcuta en ese ideal de vida que supo imprimir a sus hermanas:

"El fruto del silencio es la oración.
El fruto de la oración es la fe.
El fruto de la fe es el amor.
El fruto del amor es el servicio.
Y el fruto del servicio es la paz".

Todos ellos son continuadores y testigos admirables de tu locura, de tu locura de amor.

Y mientras tanto, nosotros reducimos a los límites de lo razonable, Señor, la llamada abrasadora del Evangelio; empeñándonos en no arriesgar nuestras seguridades, nuestras posiciones. Así nunca seremos discípulos tuyos, porque por desgracia lo razonable, lo común, lo lógico, lo que se lleva, lo que se practica, lo que todo el mundo hace y está de moda, no pasa de la mezquina mediocridad.

¿QUIÉN ES MI PRÓJIMO?

Para creer en ti y seguirte sin condiciones no hay camino más directo, corto y fácil que el amor.

Pero, ¿a quién tengo que amar?, ¿Quién es mi prójimo, Señor?

La respuesta a esa pregunta es bien clara y sencilla: todo hombre y mujer que necesite ayuda es mi prójimo.

Ahora aquí, delante de nuestro Cristo, hagamos un esfuerzo y pensemos, hermanos, a partir del que padece necesidad; coloquémonos en su situación y reflexionemos ¿quién espera ayuda de nosotros? Entonces veréis que no hay límites para el mandamiento del amor.

No se trata sólo de saber y descubrir a mi prójimo, cuando de actuar amando como el buen samaritano, pues "**quien no ama**

permanece en la muerte" (Juan 3,17). Sólo el que te ama a ti y a su hermano vive de verdad, porque es capaz de salir de sí mismo y de sus propios intereses y exigencias, para ponerse en el lugar del que sufre, pasa necesidad, es frágil o está marginado. Sólo el que ama puede ser acogedor y hospitalario con todos, aunque no sean simpáticos, ni agradables, ni dignos, ni humildes, ni educados, ni siquiera razonables.

SALIÓ EL SEMBRADOR A SEMBRAR

Ayúdanos Señor a seguir sembrando sin preocuparnos del tiempo de la recolecta, que lo importante en estos momentos que vive nuestra Hermandad es la constancia, no desfallecer y mantener la línea trazada. Que nada ni nadie nos haga perder la esperanza de ver algún día que en nuestra Hermandad se vive el culto que tu quieres, que nuestra Hermandad es el mejor instrumento para la formación de nuestros hermanos, que nuestra Hermandad ha logrado poner en práctica la realidad de su lema: la caridad de Cristo nos urge, nos constriñe, nos impulsa, nos lanza, nos apela, a construir poco a poco tu Reino, tu Reino que está llegando continuamente al mundo de los hombres como la semilla que crece entre dificultades, el Reino de la verdad, de la santidad, de la gracia, de la justicia, del amor, de la paz y de la vida.

A SOLAS CON MI CRISTO

Si hasta ahora hemos sido nosotros los que hemos escuchado tu palabra, a partir de este momento quiero que sea tú quien nos oiga a nosotros.

Cuando mi voz calle permaneceremos en silencio frente a frente y cada cual irá germinando lo que tú le hayas dicho esta noche; pero ahora te toca a ti escuchar Señor.

Mañana será un día de bullas y largas colas de gentes que se acerquen a besar tus pies.

Vendrán todos, hombre y mujeres, viejos y maduros, jóvenes y niños.

Vendrán con fe a dejar clavadas sus miradas en tu bendita imagen, mientras que prendada queda en el aire la oración que al cielo sube con el incienso que llena de entrañable aroma el Templo.

Vendrán quienes queden absortos ante la belleza deslumbrante de cuanto te rodea, de forma que cegados no vean lo que verdaderamente representas.

Vendrán los indiferentes, los agnósticos, aquellos que sólo verán en el acto el aspecto lúdico que forma parte de nuestra propia cultura.

También vendrá el que te busca y no te encuentra, el que olvidó lo que le enseñaron, el que duda, el que se cuestiona tantas y tantas cosas, el que no se atreve a dar el paso definitivo para seguirte; hasta el que encontró en el seno de otras iglesias el tirón que quizá nosotros no supimos darle.

Pero cuando la noche caiga, el Templo se irá quedando cada vez más vacío, el silencio se irá haciendo más intenso hasta apoderarse por completo de sus naves y la intimidad irá tomando mayor protagonismo.

Ha llegado el momento en el que cada uno de nosotros se queda a solas con su Cristo.

A solas contigo, Señor.

Como dos buenos amigos.

Ha terminado nuestra oración comunitaria, hemos venerado cada una de tus cinco llagas y hemos consolado cada uno de los siete dolores de tu Madre; y es entonces cuando comienza nuestra conversación.

Cada cual irá buscando y colocándose en su sitio de costumbre. Unos de pie, otros sentados, otros apoyados en la pared. Unos de frente, otros en los costados y otros al fondo de la Iglesia. Pero todos con sus ojos clavados en tu mirada.

Es el momento en el que no sabemos por dónde empezar, ni siquiera sabemos lo que pedimos o necesitamos. Son tantas las cosas de las que tenemos que hablar ¡amigo mío!, que los pensamientos se nos agolpan y las ideas se yuxtaponen en un vano intento de poner orden a lo que queremos decirte. Nuestro corazón corre mucho más que nuestra cabeza.

¿HABLAR CON UN MUERTO?

Pero qué digo yo ¿hablar con un muerto?

No, Señor, mi Dios no es un Dios de muerte, es Dios de vivos (Mateo 22,32).

No podemos buscar entre los muertos al que vive como hizo María Magdalena. Por eso su llanto y el nuestro se tornará en alegría y gozo cuando en el silencio de la noche nos vuelvas a llamar por nuestro nombre. Hay que permanecer muy callados, hemos de poner los cinco sentidos e iluminar los ojos de nuestro corazón, que el corazón tiene razones que la razón no comprende, para no confundirte con un jardinero (Juan 20-11,18).

Oír cómo nos llamas, Señor, nos despertará el sentido, nos sacará del letargo en que tantas veces nos vemos sumidos; pero, sobre todo, nos inundará de esperanza. El hombre es un ser que espera, y sólo esperando se puede vivir.

A MI CRISTO VIVO

Y a mi Cristo vivo, que me ve, que me habla, que me escucha, que anda conmigo el camino, que tiende su mano para guiarme por el sendero de la luz, elevo mi oración confiado en que **"el que espera recibe, el que busca halla, y al que llama se le abre; convencido de que tú sabes lo que nos hace falta antes de que te lo pidamos"** (Mateo 7-8).

Mi padre, de niño, me enseñó a pedirte paz, salud y trabajo; y esa es una constante que se repite siempre en nuestras conversaciones.

Hay veces que más que conversaciones, lo nuestro es puro monólogo, porque con las prisas y las carreras me apresuro a pedir lo que deseo y no soy capaz de escuchar tus respuestas; pero hoy voy a tener un privilegio.

Hoy quiero aprovecharme del encargo que en este año tan especial me han hecho mis hermanos, para adelantar en aras de la amistad y del cariño que nos dispensamos, la oración que en voz baja todos te dirigiremos cuando caiga la noche del día de mañana.

Quiero mover las manecillas del reloj del tiempo y adelantar

veinticuatro horas ese diálogo de todos nosotros contigo, antes de dejar en tus pies el último beso de despedida.

Y lo primero que te quiero pedir, lo primordial y más fundamental, es que aumente nuestra fe. Nosotros creemos en ti, Señor, pero reconocemos que nuestra fe es débil; por eso te pedimos que nos ayudes en nuestro empeño de seguirte, que nos ayudes a confiar ciegamente en ti: "**tengo fe, pero dudo, ayúdame**" (Marcos 9-24).

Y para aumentar nuestra fe no hay medio más directo que conocerte mejor. No se puede amar lo que no se conoce, por eso, sólo desde el amor y la amistad se llega a conocer en profundidad a las personas.

Señor, te pedimos que nos ayudes a conocerte y a descubrirte como hombre y como Dios.

Queremos conocerte de verdad y amarte con pasión, sabiendo cada vez más de tu persona, meditando tu Evangelio; hablar contigo de tu a tu, y descubrir en ti a ese ser profundamente humano y sencillamente divino, sublime como hombre y adorable como Dios, cercano a nosotros y amigo personal nuestro.

Ayúdanos Señor a cumplir tu voluntad, porque no son los labios y las palabras sino el corazón y las obras las que cuentan para entrar en tu Reino.

Que la antorcha de nuestra fe no se nos apague en nuestras manos y no seamos capaces de pasar el testigo a los más jóvenes y a nuestros propios hijos.

Te pido de todo corazón que nos ayudes a ser constantes, a ser fieles a los principios que hemos querido imprimir a nuestra Hermandad; porque con nuestra palabra sólo podemos convencer, pero con nuestro ejemplo podremos arrastrar a cuantos tengan duda y no se sientan seguros.

Ayúdanos, Señor, a amar sin límites, de forma que mi "próximo" no pueda sentir jamás mi egoísmo, mi intolerancia, mi incompreensión, mi orgullo, mi deslealtad, mi intransigencia, mi falta de respeto, mi incomunicación, mi infidelidad.

Quizá, en no pocas ocasiones, los destinatarios de esta actitud serán los que más cerca están de nosotros: mi mujer, mis hijos, mis

padre, mis hermanos, mi familia, mis amigos, mis compañeros.

Hoy quiero implorar tu ayuda para conseguir algo tan simple como difícil: hacerle la vida agradable a todos cuantos me rodean, hacer felices y dichosos a cuantos comparten la vida conmigo.

Señor, que como esposos sepamos respetarnos y compartir los bienes que de tu bondad hemos recibido; que sepamos ser fieles y sinceros, generosos y comprensivos. Que no olvidemos nunca que el amor en el matrimonio es una batalla que hay que librarla todos los días, que el cariño y que el respeto hay que lograrlos a pulso, y regarlo y abonarlo para que no se nos seque como una maceta. Concédenos a todos felicidad, unidad y estabilidad para consolidar continuamente nuestro proyecto matrimonial, creciendo más y más en el amor para juntos ver al mismo tiempo crecer a nuestros hijos y conocer a los hijos de nuestros hijos.

Que como padres seamos ante nuestros hijos testigos de la fe y del amor que te profesamos y así convertirnos en su mejor ejemplo. Que seamos con ellos abiertos y dialogantes, que la incomunicación y el consumismo no se instalen en nuestros hogares. Que sepamos, Señor, transmitirles una escala de valores donde prime por encima de todas las cosas el amor a Dios y a los hermanos, la honestidad, la honradez, la sinceridad, la amistad, la libertad y la verdad. Que les ayudemos a ser ellos mismos y no les impongamos nunca nuestros criterios.

Que como hijos seamos siempre solícitos con nuestros padres, a quienes les debemos la vida y todo el cariño que nos consagraron, intentando ahora compensar de forma imposible todos sus desvelos y entrega; de manera que nunca hagamos de nuestros mayores víctimas de nuestros agobios y prisas, de nuestros egoísmos; sino que por el contrario sepamos dedicarles el mayor de nuestro tiempo y la mejor de nuestras atenciones.

Que como hermanos nunca seamos motivo de desunión, sino cauce de solidaridad y respeto en el seno de nuestra familia.

Que como amigos sepamos valorar la auténtica y verdadera amistad como el mejor de los tesoros, sin juzgar nunca a ninguno de ellos, sin defraudar a aquél que haya puesto en nosotros su confianza.

En una palabra, ayúdanos a no defraudar a quien espera algo de mí, a encontrar a quien me busca, a ayudar a quien me necesite, a

escuchar a quien quiera hablarme.

Llénanos de valentía para denunciar las situaciones de injusticia que nos rodean y que no somos capaces de ver.

Haz de todos nosotros unos luchadores incansables de la paz para hacer presente tu Reino, esa paz que se resiste a instaurarse en tantos países y naciones de la tierra donde el odio y la guerra nos ofrecen mil imágenes diaria de dolor y desconsuelo; esa paz anunciada en forma de tregua y que, con toda mi alma, te pido sea cauce definitivo de convivencia y respeto en la vida de todos los españoles.

Manténnos, Señor, sanos en el alma y en el cuerpo. Concédenos la gracia de la salud, y cuando se haga presente la enfermedad danos capacidad de aceptación del sufrimiento con la misma abnegación que tu aceptaste tu Pasión.

Y en ese instante seguro que no caerán de nuestros pensamientos aquellos que más te necesitan, nuestros hermanos enfermos, ancianos y solitarios que en la recta final de sus vidas esperan pacientes tu llamada. Nuestros hermanos parados que luchan por el sustento de sus familias. Nuestros hermanos angustiados y agobiados por mil circunstancias de la vida cotidiana. Nuestros hermanos que dudan y vacilan en su fe.

Y en nuestra oración tiene que estar presente la Iglesia y nuestra Parroquia.

No sé, Señor, si será osado por mi parte pedirte que nos ayudes a todos a construir una Iglesia más auténtica, más acorde con los principios evangélicos de fraternidad, unidad y pobreza que tú proclamaste. Más abierta y participativa a todos los fieles. Más cercana al hombre como ser depositario de tu amor, manteniendo siempre la unidad en lo necesario y la pluralidad en lo accesorio.

Haz, Señor, que deseemos lo que tú quieres y hagamos lo que tú deseas.

AL FINAL DEL TRAYECTO

"Oh noche que guiaste,
Oh noche amable más que la alborada;
Oh noche que juntaste
Amado con amada
Amada con el Amado transformada".

(San Juan de la Cruz)

Así te seguiremos esperando, como lo dejó escrito San Juan de la Cruz en la noche oscura del sentido y del espíritu, para vislumbrar tu presencia luminosa; con la cintura ceñida y encendidas las lámparas.

Cuando tú vuelvas, Señor, nos encontrarás con las manos ocupadas en la tarea que nos encomendaste y con el corazón dedicado a amarte a ti y a los hermanos.

Y en el tiempo de la espera, en las horas que faltan para tu llegada, déjame clavar el dardo de mi mirada en tu imagen y sentir el peso de tu cabeza reclinada sobre mi hombro, para que mis oídos puedan escuchar tan contradictoria afirmación: **"Yo soy la resurrección y la vida"** (Juan 11,25).

Y es que tu muerte encierra tu gloriosa resurrección. La Cruz y la gloria unidas, como lo sabemos hacer en nuestra tierra, porque Dios te levantó sobre todos y te concedió "el nombre sobre todo nombre": CRISTO DE LA CARIDAD.

Y cuando como a Marta nos pregunte **"tú, ¿crees esto?"**, aumenta nuestra fe para responder como ella: **"sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo"**. (Juan 11,26)

¡Qué lección de fe!

¡Qué confianza plena en ti convencida de que si hubiera estado allí no habría muerto su hermano, pero aun entonces, con Lázaro enterrado, seguía creyendo que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá!

¡Qué muestra de esperanza aguardando la resurrección del último día!

Pero ya llegó el día en que actuó el Señor.

¡Que Cristo no está muerto, Cristo vive!

MADRE, GUÁRDAME JUNTO A JESÚS

Y en esa espera del Amado, tú también, Madre del alma, te has hecho presente en esta noche.

Aquí estás, anhelando abrazar el cuerpo glorificado de tu Hijo, deseosa de volverlo a acunar en tu regazo, inquieta por volverlo a estrechar contra tu pecho; porque tú también has podido comprobar que su sangre sigue eternamente brotando de su costado, que su corazón no ha dejado de latir, que su mirada no se ha apagado, que su voz nos sigue prometiendo permanecer con nosotros hasta el final de los tiempos.

Por eso, Madre mía, quiero buscar en tu cara la alegría de tu sonrisa. Porque tu sabes que no, que Cristo no está muerto, permíteme el atrevimiento de coger ese pañuelo que descansa sobre la peana y limpiar tus lágrimas, déjame secar tu llanto con mis besos, déjame sentir el sabor de la sal para beberme el llanto que de tus ojos brota.

Madre, guárdame junto a Jesús,
en el pliegue de tu manto,
en el hueco de tus manos;
que dormir quiero en tus brazos
hasta que en Dios despierte.